

Blanco Pérez, Carlos Alberto. *El sentido de la libertad. Cómo construir una autonomía responsable.* Salamanca: Taugenit, 2021, 222 pp.

Víctor Manuel López Trujillo¹

Universidad de Málaga, España

Carlos Alberto Blanco Pérez, profesor de Filosofía por la Universidad Pontificia Comillas, además de doctor en Filosofía y Teología, cuenta con más de veinte libros publicados que abarcan diversas materias, como la egiptología, la filosofía, ciencia o teología. En esta ocasión, la obra reseñada se encuentra enfocada en aspectos filosóficos con un tema bastante preciso y estimulante: «Si el universo no manifiesta interés alguno en mí, ¿por qué debo actuar moralmente?» (p. 11). Efectivamente, en el presente libro se trata la cuestión de la moral y por qué habríamos de obrar moralmente cuando nada a nuestro alrededor físico nos incita a ello, incluso llegando a ser indiferente.

Así pues, el libro comienza con unas notas aclaratorias de qué es la filosofía según el autor. Siguiendo su definición, la filosofía sería una reflexión de conceptos de forma racionalizada con el fin de ordenarlos lógicamente, pero a su vez creando nuevas posibilidades al pensamiento humano, pues la creatividad de los modos de clasificar ideas es fundamental para que una filosofía sea fructífera. Concluido esto, la obra se divide en tres partes: la primera abarca la cuestión de la libertad y el universo físico (pp. 25-105), titulada ‘La libertad y el universo físico’; la segunda toma la importancia de la idea de libertad dentro de la ética (pp. 109-182), ‘La libertad y la ética’; y la tercera parte estudia la relación entre la libertad y la autoconciencia humana

¹ victor_sixx@hotmail.es

en su porvenir (pp. 185-222), nominada como ‘La libertad y el futuro de la mente humana’.

En la primera parte de este ensayo filosófico, comienza con una descripción científica del mundo, en que sus leyes deterministas no tienen en cuenta ninguna acción del ser humano, tanto si hace el bien como si hace el mal: nada cambiaría en el mundo. Es más, cuanto más saber científico acumulamos, más ajeno se nos muestra el universo material, pues el ser humano se afana en alcanzar metas y fines, mientras que en el mundo físico la finalidad no tiene cabida. Entonces, cuando el ser humano se pregunta por el sentido de su existencia, suele haber dos respuestas: la idealista, que considera que el individuo ha de acomodarse a esa razón imparcial e impenetrable de la realidad última, y la existencial, que se niega a someterse a la razón universal y busca una posibilidad subjetiva a su angustia nacida de la conciencia de ser finito.

Además, el ser humano ha de enfrentarse a la muerte, acto que ni la biología ni la filosofía es capaz de dar una respuesta a esta necesidad última de un ser vivo, pues es un concepto tan inconcebible para la mente humana, que puede dejarnos en una crisis filosófica, y más aún si se niega la posibilidad de una recompensa ultraterrena. Si bien es cierto que hay un movimiento transhumanista que busca trascender la muerte y remodelar la vida humana, actualmente la única fuente de redención humana es conocer, pues conocer es aquello que nos hace posible tener un futuro y ser dueños de nuestras vidas por medio de un acto creador. En la obra de nuestro autor, como se irá desvelando conforme avancemos, hay ciertas ideas que serán recurrentes y estarán interconectadas las unas con las otras: las ideas de libertad, conocimiento, autoconciencia o subjetividad y creatividad.

En este punto se define la libertad como la subjetividad reflexiva que nos permite obrar sin necesariamente atender a estas leyes fijas e inmutables, criticando incluso las ideas de una libertad determinada neuronalmente a modo de estímulo-respuesta. Se manejan diferentes nociones de gran calibre, como la voluntad del ser humano, su conciencia y la subjetividad del mismo. Todas estas nos permiten actuar con cierto grado de espontaneidad e indeterminación, ya que, a más conocimientos adquiridos, más posibilidades creativas se abren para nosotros en el obrar. Así pues, es esta posibilidad de crear nuevas acciones o conocimientos un ejemplo perfecto de la voluntad

como potencia creadora. Gracias a esta posibilidad del ser, podemos actuar según el deber o contra el deber, es decir, juzgamos actuar conforme al bien o al mal. Sin duda, los instintos de hacer el mal están latentes en mayor o menor grado, lo cual podrá mitigarse o sublimarse de acuerdo a nuestra cultura, condiciones o ambiente en el que vivimos. Una vez dicho esto, el autor se dispone a cotejar sus ideas con las de Spinoza y Hegel, que conciben la libertad de diferente manera, pero de una forma racionalista radical.

Adentrándonos ya en la segunda parte, se estudia cómo sería una ética y sus principios adecuados a la libertad propia y ajena. Dado que ni el mundo físico ni nuestra propia naturaleza nada nos dice sobre cómo obrar rectamente, es necesario usar la razón para cimentar esta nueva ética no perfecta, pues debe mejorarse con los nuevos conocimientos que adquirimos y los nuevos desafíos. Sin embargo, hay diferentes escollos técnicos, como el teorema de Gödel, en el que la completitud y la consistencia lógica no pueden ajustarse simétricamente a un sistema ético, como ocurrió en Hegel, que primó la completitud del sistema frente a la lógica. Entre esos principios que propone el autor como fundamentales, se destaca el principio de homogeneidad formal o la no negación de la libertad ajena en pro de la nuestra.

A continuación, se critica la inconsistencia del consecuencialismo y el formalismo desde el punto de vista ético: el primero peca de buscar una utilidad cuantitativa de coste-beneficio basado en un cálculo placentero inscrito en nuestra naturaleza biológica; el segundo busca el deber por el deber kantiano que, finalmente, cae en una obrar determinado y sin libertad, que nos supedita a una normal general y universal obviando nuestra capacidad moral creativa. Más tarde, se analiza el problema del mal desde el fideísmo y el teocentrismo cristiano, que no consiguen solventar este problema capital. No obstante, la religión ayuda a la creatividad humana, pues crea nuevos contextos de reflexión moral, que deben estar siempre bajo la supervisión de la razón y la ciencia. Se estudia, pues, la imposibilidad de un bien moral universal, la importancia de la mente que proyecta sobre nuestras acciones las nociones de bien y de mal, así como la importancia de un sistema moral elástico y adaptable a las nuevas situaciones. Al final de esta segunda parte, se estudia el surgimiento de la autoconciencia y el sentido de la moralidad humana.

En la tercera parte, nuestro autor recapitula todo lo anteriormente desarrollado: se analiza la relación entre la conciencia, autoconciencia y libertad; la importancia de la creatividad subjetiva surgida por la autoconciencia, que nos aporta más posibilidades de actuación; la retroalimentación entre la razón humana y la moralidad, así como el conocimiento moral, el cual, en función de su progresivo crecimiento, nos permite más posibilidades de obrar conforme al bien; la importancia de una educación moral para la convivencia pacífica con otras culturas; y el estudio de la creatividad junto al absurdo, al cual podríamos caer si estudiamos la realidad tal cual es, sin aplicar las herramientas y criterios de la mente humana.

A modo de conclusión, este libro del doctor Blanco Pérez es una obra que maneja una serie de conceptos complejos, mas los esclarece según se desarrolla este ensayo: comienza con el problema de si existe la libertad y su obrar éticamente hasta cuestionarse los futuros escenarios de la libertad humana y ciertos aspectos de la vida, como la educación o nuestra propia evolución. Por otro lado, aparecen numerosos autores, como Hegel, Fichte o Spinoza para ejemplificar o refutar sus tesis, de modo que enriquece la lectura. Es innegable la gran deuda que el autor contrae con la ciencia, pero no niega y reafirma la labor filosófica en las cuestiones éticas, pues todas las ramas del saber poseen unos límites, por el momento, infranqueables.